

Mirar a Cuba hoy: cuatro supuestos para la observación y seis problemas-nudos

Mayra Espina Prieto

Investigadora. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS).

El cambiante, contradictorio y, a la vez, esperanzador escenario latinoamericano actual, especialmente la configuración de nuevos sujetos sociales y las articulaciones, reales y posibles, entre viejos y nuevos sujetos, ha hecho reemerger la pregunta sobre los rumbos imaginables del futuro y del socialismo y su capacidad de presentarse en la perspectiva, como una alternativa para solucionar los problemas locales y globales que hoy enfrenta la humanidad como conjunto —léase pobreza, exclusión, violencia, conflictos armados, catástrofe ambiental, por solo apuntar aquellos que marcan el límite, en un horizonte ya visible, de nuestra propia existencia como entidad planetaria.¹

En ese contexto se ha vuelto obligada una mirada crítica hacia las experiencias reales, hacia el socialismo que ha sido y es, hacia las maneras en que enfrentó y dio solución a tales problemáticas u otras afines, qué repertorio de soluciones nos lega y cuáles problemas sin resolver nos hereda. Lo más frecuente es encontrar una reflexión bastante documentada sobre el mundo del socialismo europeo, principalmente el soviético, sobre la base de su pretensión de modelo universal, y mucho menos una consideración de los procesos,

pasados y actuales, de transformación socialista en Cuba. Considero imprescindible la tarea de desnaturalizar la experiencia soviética en tanto camino único universal. Sin embargo, el caso cubano ha sido insuficientemente examinado, aun cuando es mucho más útil, por cercano e ideológicamente influyente para Latinoamérica, y está urgido de una reflexión hacia adentro para reexaminar su propio destino nacional.

Tomo aquí la idea de socialismo real, donde incluyo a Cuba, para distinguir entre las construcciones teóricas sobre el socialismo, por un lado y, por otro, las experiencias históricas, clausuradas o en curso, que han intentado, en la práctica, un camino de transformaciones no capitalistas de inspiración marxista.² Me auxilio para ello de la propuesta de Juan Valdés Paz, cuando comenta:

Más allá de este debate teórico, quedó en pie que la historia se introdujo en la discusión de una manera muy concreta: los supuestos de partida de esta transición que los clásicos pensaron, no se dieron; estas transiciones no se iniciaron al final del desarrollo del capitalismo, sino mucho antes y a veces casi sin haberse desarrollado el tal capitalismo; y las experiencias históricas o los procesos reales dejaron de ser un problema solamente teórico para incluir una realidad tan vivida como observable; si acaso, la teoría pasaba de ser

en la posibilidad de generar la emergencia que tiene cada parte de un sistema y, con ello, modificarlo en su integralidad. Este comentario inicial, un poco complicado, solo quiere precaver de ilusiones o mitos sobre la posibilidad de transformar desde la política o la macroeconomía, desde un poder central, y minimizar el peso de la fundación desde lo subjetivo y las microprácticas, o a la inversa.

El socialismo como etapa y proceso de cambio: el socialismo, y el tránsito hacia él, es un largo proceso de cambio, una sociedad de y en transición hacia un estadio superior, no una de llegada. Por la radicalidad de los cambios que se propone y la novedad histórica de la sociedad que de él emergería, parece un período necesariamente prolongado y, por ello, algunas (o muchas) de sus formas de relacionamiento social se estabilizan y funcionan como sociedad de llegada. Esta es, en cierta medida, una condición para continuar el cambio, pero no supone la necesidad de la cristalización de estructuras, sino momentos de estabilidad para proseguir una dinámica de transformación. El cambio, entonces, con sus avances, retrocesos, contradicciones, conflictos y ambivalencias, es su signo, y la capacidad de autotransformarse y renovarse constantemente, la clave de su gestión económica, social y política. En tal concepción, reforma y socialismo son perfectamente congruentes.

La naturaleza multiactoral de la transformación socialista: la necesidad de concebir la diversidad de opciones, variantes, rutas y actores para la transformación socialista, en correspondencia con la variedad de situaciones políticas, económicas, culturales e históricas de cada sociedad y etapa, y el estado de las fuerzas que optan o podrían optar por ese camino. El punto de la diversidad actoral es esencial para pensar el socialismo hoy, toda vez que históricamente ha predominado la visión del socialismo como cambio propulsado por una clase que carga sobre sí la posibilidad única de progreso y que, en todo caso, construye alianzas con otras clases y capas, en condición de subalternas o actores menores. Me gusta rescatar una idea en la que insistía el sociólogo español Jesús Ibáñez:

El mundo contemporáneo es unipolar por el polo represivo (Estados Unidos y sus aliados), pero multipolar por el polo de las resistencias y los agentes del cambio (feministas, ambientalistas, trabajadores, desempleados, minusválidos, ancianos, pobres) y esa diversidad es la riqueza del polo crítico [...] No hay macrorrevolución, sino microrrevoluciones plurales, contradictorias, que emergen de la fractalización social, de la multiplicidad de situaciones de opresión que pueden conectarse en una comunidad intersubjetiva crítica que genere una red de resistencia profunda.¹²

La ausencia de modelos cerrados para la transformación: esta noción, cuando se habla de modelos de socialismo,

más bien debería usarse como instrumento analítico para describir y evaluar experiencias concretas en su transcurso desde el punto de vista de los ideales que informan la transformación y de los instrumentos que se aplican por considerarlos los más eficientes para concretar esos ideales (un instrumento *ex post facto*) y no como encapsulamiento de la utopía posible, no en el sentido de variantes más o menos acotadas y previsibles de un supuesto «deber ser», y mucho menos en el sentido de camino único. Parecería más útil enfatizar en el socialismo, en cada transformación que este pueda guiar o inspirar como novedad.

Las revoluciones que conocemos han resuelto unos problemas, han mantenido otros y han generado sus propios problemas: lo que ha entrado en crisis es el modelo newtoniano del tiempo y, con él, el modelo progresivista lineal de revolución total y absoluta, definitiva.

El ideal de revolución se fractaliza y estalla en una multiplicidad de microrrevoluciones. No hay modelos. El movimiento se hace en el andar y cada proceso es singular, genera sus novedades, que son, por definición, imprevisibles. Si fueran previsibles dejarían de ser novedades. Por eso no hay modelos, cada proceso tiene que inventarse.¹³

En igual sentido, la referencia a un «modelo cubano» (o modelos, en plural) de ninguna manera podría tomarse en la dirección de Cuba como ejemplo a seguir, como pauta de transformación para economías pequeñas y periféricas o para el subdesarrollo latinoamericano, aunque a veces se haya pretendido, sino en el sentido de abanico de opciones de cambio instrumentadas en condiciones específicas, que pueden nutrir un repertorio de acción inspirador de innovaciones y aplicaciones para determinantes cercanas, y también como abanico de problemas resueltos y generados.

La naturaleza emancipatoria del socialismo: en cualquier caso, el socialismo como transformación práctica concreta, debería concebirse como proceso emancipatorio, alteración y reconstrucción de las relaciones sociales (en el ámbito económico, político, social, cultural) en una dirección de desalienación creciente por vías de la inclusión social y la desconcentración del poder. Se trata de un proceso que no transcurre de una sola vez y no se orienta solo hacia la eliminación de relaciones alienadoras de base explotadora macroestructural, sedimentadas en la sociedad precedente, sino reconoce la posibilidad de que el decurso de la transformación socialista genere también sus propias alienaciones de escala macro y micro. Esta sería como una clave de autocrítica y autocorrección permanente. Un programa mínimo y sumario de cambios iniciales incluiría la eliminación progresiva de relaciones de explotación, la socialización de la propiedad en grados y formas diversas, la satisfacción de necesidades básicas para todos a un nivel de dignidad, una agenda de cambio social

Ampliar la socialización y democratización del poder supone un diseño más participativo de la planificación y de la toma de decisiones en general, que desformalice y desburocratice los mecanismos existentes para la adición de demandas en todos sus espacios.

según la cual cada problema forma parte de la base causal de los otros y de sus efectos.

Mi elección final de problemas concretos tiene como base la observación y evaluación de la cotidianidad en el sentido de cuánto ella provee simultáneamente de bienestar a las grandes mayorías y de posibilidades de empoderamiento y desalienación. Cada problema podría, y debería, ser leído en su historia como trama de soluciones que generaron nuevos problemas. No se trata de áreas vírgenes, en las que no ha habido avances, sino, por el contrario, supusieron una elección de intervención sobre la realidad desde el poder revolucionario, que engendró avances hoy colocados ante sus propios límites y exigen una renovación en su concepción y estrategia de manejo.

La relevancia de los seis problemas-nudo —aclaro que su orden no indica una jerarquía causal, ya que cualquiera de ellos podría ser el primero o el último, y comenzar con la frase «como causa y consecuencia de todo lo anterior...»— es lo que produce el conjunto en su interacción y que todos podríamos organizar la red y sus nudos, completarlos y ensancharlos en sus contenidos, nexos y consecuencias, cada vez que se modifique o amplíe el punto de observación:

1. *Tecno-buro-politización de la agenda de cambio social.* Con este enunciado pretendo significar que la elección de la estrategia de gestión social ha quedado colocada, bajo el supuesto de mayor efectividad y de delegación democrática, en manos de expertos-burócratas (de la política, planificación, economía, dirección, etc.), y el punto de vista de los beneficiarios o participantes-masa (visibilizados en su heterogeneidad), que deberían ser también actores protagónicos de la transformación, y controladores de sus resultados y del uso de los recursos, queda en un segundo plano, reservado a un nivel consultivo y movilizador, subordinado a un conocimiento pretendidamente mayor. Todo ello se expresa en hiperestatalización de las relaciones sociales, centralización y verticalismo, paternalismo-autoritarismo, homogenismo distributivo con insuficiente sensibilidad para atender la diversidad de necesidades e intereses heterogéneos (de grupos, territorios, localidades, colectividades laborales, etc.), y suponen procesos de enajenación por déficit de participación real en la toma

de decisiones. Entre los problemas asociados a este nudo en una relación de recursividad pueden distinguirse: déficit de innovación (tecnológica, social); déficit de participación; no comprometimiento político y repliegue hacia lo individual-familiar inmediato; agenda social con prioridades que no consideran lo suficiente la solución de problemáticas prioritarias para la población (vivienda, alimentación, transporte, ingresos, entre otros).

2. *Insuficiente sostenibilidad económica del proyecto social.* Para ilustrar este problema tomemos la relación entre el crecimiento de los gastos sociales y la evolución de algunos indicadores económicos. Como tendencia, la dinámica de los gastos sociales siempre ha estado por encima de la de los indicadores de desempeño económico. Así, mientras el consumo social experimentaba un crecimiento promedio anual de 12%, entre la segunda mitad de la década de los años 70 y la primera de los 80, el Producto Social Global se incrementaba a un ritmo promedio anual de 9%, y el ingreso creado por un ocupado en la esfera productiva en 2,3%. Entre 1980 y 1987 el valor de la producción industrial promedió una elevación de 5,6%. Entre 1998 y 2000 el Producto Interno Bruto (PIB) tuvo un alza promedio de 6,4%, mientras que los gastos en servicios sociales se elevaron a un ritmo promedio anual de 13,1%, rebasando también, por amplio margen, los ritmos de incremento de la productividad del trabajo.¹⁶ Este tipo de relación entre el monto del gasto social y el del PIB expresa la prioridad concedida en la lógica de la transformación socialista en Cuba a la esfera social, y está en la base de los avances más significativos que el país ha alcanzado en esta; pero la generación de riquezas supone un límite a la política social, es parte sustantiva de su sostenibilidad, y cuando ese límite es violentado de manera sistemática, paralelamente a los avances se generan otros problemas: baja productividad; imposibilidad de alcanzar seguridad alimentaria; bajo índice de reversión económica de la inversión social; débil presencia de incentivos económicos, individuales y colectivos, para una conducta de rendimiento; ampliación de la economía informal y negra; empobrecimiento de amplias franjas poblacionales. En todo caso, el problema no reside en la elevada prioridad macroeconómica

y la solución de los problemas, pero no son su explicación última. Se gestaron desde antes y se asocian a la elección de una concepción de socialismo que identifica, erróneamente, socialización de la propiedad con estatalización, mercado con capitalismo, igualdad con homogeneidad, intencionalidad social de la economía con subordinación voluntarista de la esfera económica a los propósitos sociales y Estado con sociedad. Por consiguiente, es un asunto no solo de disponibilidad de recursos, sino también de un cambio de concepción.

La segunda enfatiza la idea de que no se trata de introducir cambios renovadores sobre un escenario estático o estable. La sociedad cubana está colocada en un contexto de cambio de múltiples aristas y fuentes y de una sostenibilidad en el tiempo, en el que se entrelazan los efectos de la reforma de inicios de los años 90, con sus vaivenes y su trayectoria en zig-zag, aún en curso; el cambio generacional en la dirección política y en todas las esferas de la vida por razones demográficas inapelables y el inicio de una nueva etapa reformadora vinculada a los dos elementos previos.¹⁹

El cambio de autoridades en el gobierno y el Estado se acompaña de una plataforma de acción, marcada esencialmente por imperativos económicos; sus ejes hasta ahora visibles parecen ser el reforzamiento del papel directivo del Partido Comunista en la economía y la sociedad; la desburocratización del aparato estatal, por achicamiento de sus estructuras y personal y, especialmente, por la reducción del poder de restricción de las burocracias sobre gestiones y derechos personales (permisos de viajes, de compras y ventas de bienes, de permutas de viviendas, entre otras); restauración de derechos de ciudadanía y propiedad personal y familiar; ampliación de franjas de mercado para bienes y servicios «suntuosos» (de acuerdo con el estado del consumo en Cuba: equipos de computación, telefonía celular, DVD y videos, acceso a hoteles y centros turísticos, etc.); reorganización agropecuaria a favor de un cooperativismo con verdadera autogestión y de la pequeña producción mercantil familiar, de la descentralización de la política de producción de alimentos a escala local y del incremento del mercado; ampliación de incentivos materiales a la productividad a partir de la elevación de la autonomía empresarial en materia de decisiones salariales; ensanchamiento de los espacios para el debate, la crítica pública y la participación ciudadana.

Esa plataforma, si finalmente se concreta y radicaliza, podría significar un nuevo momento reformador que rescata la intención de implementar un modelo de socialismo multiactoral —en el sentido de diversificación de sujetos económicos ligados a diferentes formas de propiedad y de énfasis en sus articulaciones y complementariedad en los roles productivos y de toma de decisiones y con un mayor espacio para la

descentralización y la auto-organización—, potencialmente contenido ya en el diseño de la reforma de inicios de los años 90, pero insuficientemente activado y «contra-reformado» en diferentes fases de su aplicación concreta.

Los anteriores elementos de cambio, que podríamos considerar macroestructurales y formales, se ven acompañados y presionados por una corriente de mudanza proveniente, con mayor o menor conciencia o grado de explicitación, de las prácticas cotidianas de escala micro. En este ámbito incluyo, al menos, dos elementos claramente visibles: las extendidas y documentadas «estrategias familiares de sobrevivencia y elevación de los ingresos»²⁰ y el poco estudiado fenómeno de la comunicación alternativa y las redes de conexión virtuales estructuradas a partir del acceso al ciberespacio, privado o estatal, y a las variadas posibilidades de transportación e intercambio de información ofrecidos por los soportes electrónicos portátiles de almacenamiento de datos, que han generado, por poner solo tres ejemplos simples, un mercado semivirtual,²¹ una red de intercambio gratuito o pagado de materiales de entretenimiento —música, películas, seriales— y un sistema rápido de debate y construcción de consensos sobre temas en que se quiere interesar a la opinión colectiva.²² Este es un ámbito de configuración de realidad descentralizado y flexible, con un patrón de transformación que vincula caos y orden (más bien emergiendo de un «caos organizador») y que constituye en sí mismo una reforma desde abajo, con sus propios rumbos e intensidades, que absorbe las acciones planificadas y las reinventa en disímiles direcciones y sentidos.

Por otra parte, estos factores de naturaleza interna se articulan con los provenientes del entorno internacional en el que estamos inmersos, los cuales configuran límites y oportunidades, pero también amenazas, para los posibles márgenes de acción en el caso de una pequeña economía insular, fuertemente dependiente del sector externo, como el bloqueo norteamericano, las circunstancias ambientales regionales, el estado de los precios de alimentos y combustibles en el mercado internacional, los efectos diferenciadores de la selectividad zonal de la globalización y el aumento de los conflictos armados, entre otros.

Si difícil es identificar problemas concretos, más lo es sugerir soluciones, aún más urgidas de la multicriterialidad, la transdisciplina y la visión en red. Me arriesgo a comentar aquí, más bien a modo de ejemplo y porque considero irresponsable enunciar problemas sin acercarse a idear soluciones posibles, una propuesta de líneas generales de cambio, extraída de investigaciones en el campo de las desigualdades y la política social en las que he participado en los últimos diez años.²³

Estas líneas están pensadas, como los problemas, en tanto áreas de cambios entrelazados y no excluyen

En su criterio, la salida está en «diseñar la copropiedad social entre el Estado y los productores».²⁶

La solución no podría ser única y debería combinar, según sea más conveniente en casos concretos, el usufructo autogestionario y la copropiedad con formas de propiedad individuales y colectivas en diferentes grados, también sometidas o controladas de forma indirecta a mecanismos de gestión social, pero sin que ello invalide, como ha sucedido con la experiencia de la cooperativización agropecuaria, la autonomía imprescindible.

En otro plano propositivo correspondería a la intervención pública, desde las políticas sociales, perfeccionar la gestión del desarrollo social a través de la expansión de la sensibilidad de esas políticas para captar y manejar las diferencias, en referencia a un patrón de justicia social.

Ello implica el desplazamiento de la concepción homogenista, como metaobjetivo, hacia la introducción de la noción de norma socialista de igualdad-desigualdad en la política social, que establece un sistema de prioridades básicas para manejar la tensión entre equidad e inequidad. Incluye, además, el fomento de políticas afirmativas de base territorial o espacializadas y asumir la concepción del territorio como factor de desarrollo. En esta concepción desempeña un papel esencial la identificación de los actores socioeconómicos locales, en tanto agentes del cambio, como requisito metodológico indispensable en el diseño de programas de desarrollo o acciones autotransformativas a escala local.

Por otra parte, accionar prioritariamente sobre espacios deprimidos tiene efectos sobre el conjunto de las desventajas sociales, puesto que ellas suelen tener una concentración territorial, considerando que la apropiación del espacio también está socioestructuralmente diferenciada y depende de la capacidad para aprovechar oportunidades. No se trata de clausurar o sustituir los instrumentos de universalidad, sino de hacerlos más potentes con este tipo de focalización integrada territorialmente. Una focalización que complementa, profundiza y direcciona la universalidad.

Aquí se incluiría también modificar las prioridades y proporciones del gasto social, orientada hacia la atención de áreas deficitarias como vivienda, transporte, empleo, ingresos y alimentación.

Por su parte, ampliar la socialización y democratización del poder supone un diseño más participativo de la planificación y de la toma de decisiones en general, que desformalice y desburocratice los mecanismos existentes para la adición de demandas en todos sus espacios —laboral, comunitario, de gobierno y extragubernamentales, entre otros posibles— priorizando sus elementos de cogestión, formulación estratégica y control popular del proceso, así como sus resultados.

Se trataría de una participación múltiple porque recorre todos los niveles y espacios posibles y no restringe la capacidad de reflexividad de ningún actor, no la limita a temas o niveles de gestión que parecerían corresponderle ni le cierra zonas selectivas. Es una participación que incluye lo local, directo e inmediato de cada actor, pero que expande sus posibilidades de intervención hasta el plano de las estrategias generales de desarrollo en diferentes escalas, que incluye la crítica, la propuesta, el control, la acción de cambio-renovación y enfatiza en mecanismos participativos directos sobre los delegativos.

Prefiero concluir aquí mi análisis, colocado en un nivel de propuesta más bien general y en el plano estratégico, convencida de que cualquier avance en soluciones prácticas dependerá de un cambio de concepción y del despliegue de la inteligencia colectiva y el debate abierto.

Notas

1. Este artículo ha sido elaborado teniendo como base las ideas que presenté en el Seminario «Por una cultura revolucionaria de la política», en el marco del 28° Festival del Nuevo Cine Latinoamericano, La Habana, noviembre de 2007. Una versión inicial del texto se discutió también en un panel del jurado de ensayo del Premio Casa de las Américas, La Habana, enero de 2008. Agradezco a los participantes en ambas discusiones las observaciones y comentarios que me permitieron ampliar y enriquecer este texto.

2. Comprendo que la frase «camino de transformaciones no capitalistas de inspiración marxista» es excesivamente general y vaga, pero la utilizo para referirme a las experiencias históricas denominadas socialistas en el entendido de que la naturaleza de estas es parte de lo que hoy día se debate: si, más allá de su carácter alternativo al capitalismo, de su condición de sociedad no capitalista, rebasaran un capitalismo de Estado o un nivel prácticamente larval de construcción de premisas iniciales para el socialismo y si mantuvieron o no una perspectiva transicional de transformación hacia el comunismo.

3. Véase Juan Valdés Paz, «¿Qué es el socialismo del siglo XXI?», disertación en Martes de Debate, Fondos del CIPS, La Habana, 2008.

4. Ídem.

5. Véase Juan Valdés Paz, «La transición socialista: continuidad y cambio», en Juan Valdés Paz *et al.*, *La transición socialista en Cuba. Estudio sociopolítico*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1994.

6. Véase, por ejemplo, Carlos Marx, *Crítica del Programa de Gotha*, Editorial Progreso, Moscú, 1981; «Contribución a la crítica de la economía política» y «Economía y política en la época de la dictadura del proletariado», en Marx, *Engels y Lenin. Selección de textos*, t. III y X, respectivamente, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973; «Las clases», *El Capital*, t. III, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973; Federico Engels, *Anti-Dühring*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1975; Vladímir Ilich Lenin, *El Estado y la Revolución*, Editora Política, La Habana, 1963.

